

## 052. Juntos como hermanos

El canto más repetido en nuestras asambleas cristianas para comenzar la Eucaristía es seguramente el *Juntos como hermanos, miembros de una Iglesia, vamos caminando al encuentro del Señor*. Inspirado en un cantar negro del Africa, ha conquistado el ambiente de toda nuestra lengua hispana. Y con todo derecho. Pues es de lo más profundo y bello que cantamos para expresar nuestra fe en la realidad de la Iglesia.

Si queremos entender la riqueza de eso que cantamos, empezamos por considerar las últimas palabras: *¡Al encuentro del Señor!* Jesús es quien lo unifica todo.

Esas palabras sintetizan con precisión el ideal único que perseguimos: *Cristo Jesús*, el Señor, que es la meta de todas nuestras aspiraciones, de nuestros deseos, de nuestras ilusiones.

No acabamos de meditar bastante el grito final del Apocalipsis, de una riqueza inigualable: *¡Ven, Señor Jesús!* En Jesús están cifrados todos nuestros ideales. Vivimos de Jesús. Tenemos en medio de nosotros a Jesús. Queremos unirnos con Jesús. La presencia de Jesús explica el misterio de la Iglesia, que resulta incomprensible si no se tiene en cuenta al Señor en medio de nosotros.

Le pasó el caso a un historiador francés. Habían pasado cien años desde la Revolución que había asolado a la Iglesia, la cual ya no podría levantar cabeza. Sin embargo, allí tenía a más de ciento treinta mil religiosos y religiosas dedicados a la asistencia de los enfermos, a la promoción de los pobres y a la instrucción del pueblo. Por otra parte, las iglesias estaban los domingos llenas de fieles a rebosar. Y se decía honestamente el historiador.

- *¡No me lo explico, no me lo explico!*

Hasta que le consulta al Director de una gran institución católica:

- *¿Cómo es posible este fenómeno que contemplan mis ojos?*

Y el Director, mansamente, lo toma del brazo, lo lleva ante el Sagrario de la capilla, y le dice con sencillez:

- *¿Lo ve? Ahí está la fuente de nuestro vigor y fuerza. Jesucristo sigue presente en su Iglesia* (el historiador Taine)

Es cierto. Jesucristo sigue presente, pero oculto e invisible. Y nosotros queremos verlo, tocarlo, gozar plenamente de Él. Por eso, hasta que llega ese momento supremo de encontrarnos con Jesucristo cara a cara, no cesamos de gritar: *¡Ven, Señor Jesús!*... Así es como vamos caminando al encuentro del Señor...

Pero este caminar no lo realiza cada uno de nosotros a solas, por cuenta suya, sin relación con los demás; sino que lo hacemos unidos todos como miembros de la Iglesia instituida por Jesucristo y formada por toda la multitud de los bautizados.

En la Biblia encontramos la imagen más viva de esta realidad cristiana. Cuando Israel salió de Egipto camino de la tierra prometida, no lo hizo de manera dispersa, cada uno o cada familia aisladamente. Los liberados de la esclavitud de Egipto caminaban todos juntos, las doce tribus a la vez, el pueblo entero, pasando todos las mismas aventuras y sufriendo los mismos rigores. Seguían todos a Moisés, el caudillo y jefe que Dios les había puesto al frente como signo del Jefe definitivo que iba a ser Jesucristo, el Fundador del nuevo y verdadero Israel de Dios, que es la Iglesia.

Y así como entonces no había más que un solo pueblo, así hoy no hay más que una sola Iglesia.

Separarse de la Iglesia de Cristo es como amputar un miembro del cuerpo o desgajar una rama del árbol. El miembro se pudrirá y se secará la rama.

Separarse de la Iglesia es como perder la ciudadanía o la nacionalidad. Y entonces, ¿en qué pueblo se hallará protección y seguridad?...

Separarse la Iglesia significaría para nosotros lo mismo que hubiera significado para un israelita del desierto el volverse por su cuenta a Egipto o pasarse a una de aquellas naciones que Dios quería vencer y entregar a su pueblo de Israel. Ese fugitivo hubiera tenido segura su perdición.

Por el contrario, en la Iglesia está la seguridad de la salvación. La Iglesia es todo un pueblo que ayuda a todos sus ciudadanos sin distinción. La Iglesia, en nombre de Jesucristo y como el mismo Jesucristo, no tiene otra preocupación que la salvación de todos sus hijos.

Y a todos les da la Iglesia los medios de la salvación que le tiene confiados Jesucristo. Les da la luz de la Verdad con la doctrina de Jesucristo, conservada en toda su pureza y jamás adulterada. Les da el alimento del maná verdadero, que es el Cuerpo de Jesucristo servido en la mesa del Altar. Y no abandona a nadie hasta que en el último instante lo pone con seguridad en las manos del Creador para que lo meta en la Patria definitivamente.

Vivida de este modo la realidad de la Iglesia, nos sentimos un pueblo en marcha, que recorremos el camino de la salvación cantando nuestra fe y nuestra esperanza en medio de las dificultades de la vida, porque nos sentimos *unidos al rezar, unidos en una canción*, sabiendo que vamos construyendo un mundo nuevo, *donde reinará el amor, donde reinará la paz...*

Al caminar así por la vida, nuestro paso por el mundo es una bendición de Dios. Mientras suspiramos por la vida futura en un Cielo colmado de dichas, nos empeñamos cada vez más con el mundo que nos rodea, para hacerlo digno del hombre y de Dios.

Hacemos nuestras todas las aspiraciones legítimas de los hombres.

Nos pesan todos sus dolores.

Nos alegran todos sus éxitos.

Porque nadie como el cristiano, a la vez que se ve un salvado por Cristo, quiere ser, junto con Cristo, un salvador del mundo...